

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ

de la



Dirección de Investigación

Torreón, México. 30-VIII-2002.

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Archivo miembro del Portal de Archivos de la UNESCO

Ing. Juan Ricardo Herrera Valenciano, S.J. Rector
 Mtro. Carlos Portal Salas. Director Académico
 Mtro. Sergio Garza Saldívar. Director de Investigación
 Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

ÍNDICE

página

número 48

Noticias del Archivo Histórico	2
Jean Meyer, un hombre de dos mundos	3
El Mostrador. Un vistazo al bosque de la política cultural	8
Libros del Archivo Histórico	10
Reseñas del Fondo Reservado	11

Fundador y editor de la revista virtual: **Dr. Sergio Antonio Corona Páez** Alemania Argentina Brasil
 Canadá * Colombia * Chile * España * El Salvador * Estados Unidos de Norteamérica * Francia
 Guatemala * México * Noruega * Reino Unido * Suecia * Uruguay * Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": **Lic. Cristina Solórzano Garibay, Lic. Marco Antonio Morán Ramos,**
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas, Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Ediciones anteriores en: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Noticias del Archivo Histórico JAE

Real Espejo Novohispano en la Sexta Feria del Libro

El próximo 26 de septiembre en punto de las diecinueve treinta horas, en el marco de la Sexta Feria del Libro que organiza la Universidad Iberoamericana Torreón, será presentado el quinto título de la Colección Lobo Rampante, el cual lleva por nombre *Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819)*.

El corpus documental que da sustento a este libro se organizó con nueve manuscritos del Archivo Histórico del Colegio de San Ignacio de Loyola de Parras (AHCSILP). Estos documentos fueron seleccionados por su unidad temática, por la riqueza y novedad de su contenido, por el espacio geográfico que cubren y por el período que abarcan.

Para realizar una lectura de estos manuscritos el Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, sj, contó con la destacada colaboración del doctor Salvador Bernabéu Albert, quien actualmente funge como científico titular de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, institución a la que ha estado vinculado desde 1986, primero como becario y después como investigador titular.¹

El Gimnasio Municipal de Torreón, ubicado en boulevard Revolución y Paseo La Rosita, será la sede de la Sexta Feria del Libro. Entre otras actividades, se contarán las presentaciones de *Idos de la mente*, novela del autor tijuanaense Luis Humberto Crosthwhite; la antología *Donde nacen las aguas*, de Nicolás Guillén, y de la conferencia “Victor Hugo, político”, ésta para conmemorar el 200 aniversario del nacimiento del inmortal francés.

¹ El doctor Bernabéu Albert (Jumilla, Murcia, 1960) estudió Historia de América en la Universidad Complutense de Madrid, donde obtuvo el doctorado en 1989. Ha sido profesor en la Universidad Autónoma de Baja California Sur y en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Sus trabajos de investigación se han centrado en la historia de los Descubrimientos, la Ilustración americana y la historia del Norte de México. Colaborador en revistas especializadas, es también autor de varios libros; los dos más recientes son *La aventura de lo imposible. Expediciones marítimas españolas*, y *El Septentrión Novohispano: ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*.

Muestra de *El hijo del ahuirote*

El pasado martes 27 de agosto fue inaugurada la muestra “El hijo del ahuirote. Semanario político y de caricaturas (1898-1901)”. La exposición, montada en los salones del “Instituto Municipal de Documentación y Centro Cultural *Eduardo Guerra*” (IMD) de Torreón, fue declarada oficialmente abierta al público por el Rector de la Universidad Iberoamericana Torreón, el Ing. Juan Ricardo Herrera Valenciano, sj, acompañado por el presidente del patronato del IMD, Arq. Miguel H. Ruiz; por la directora del IMD, Lic. Elisa Gutiérrez Galindo y por su homólogo, el coordinador del Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza*, sj. La concurrencia al evento fue numerosa y mostró gran interés en conocer de cerca los diversos números originales del semanario. La exposición estará abierta hasta el 30 de septiembre.

JEAN MEYER, UN HOMBRE DE DOS MUNDOS

Presentación del libro *Yo, el francés*²

Sergio Antonio Corona Páez

Jean Meyer, el brillante historiador y autor de origen galo³ que hoy nos acompaña, ha sido docente e investigador en El Colegio de México, en el Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS) en París, en la Universidad de Perpignan, en el Colegio de Michoacán, y en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) en donde dirige la División de Historia. Ha sido y es un apasionado investigador en torno a los problemas económicos, sociales, políticos y religiosos de México, con más de treinta títulos publicados.

Hombre de dualidades, historiador y literato, francés por nacimiento y mexicano de corazón, reúne las cualidades que lo acreditan a la perfección como autor de un libro tal

² Meyer, Jean. *Yo, el francés*. Tusquets Editores México, S.A. de C.V. México. 2002. Texto leído en la presentación del Dr. Jean Meyer y de su nuevo libro en el Instituto Municipal de Documentación y Centro Cultural “Eduardo Guerra” de Torreón el 16 de los corrientes, con participación de la Lic. Elisa Gutiérrez, Directora del mismo, del Mtro. Fernando Martínez y del Dr. Meyer.

³ Niza, 1942.

como el que hoy comentamos. Con un absoluto dominio del francés decimonónico y una sorprendente compenetración de las sutilezas y giros del castellano cotidiano de México así como de las inquietudes e intereses de sus habitantes, Meyer cumple cabalmente con la misión del historiador, a saber, la de escuchar y entender en su propio contexto cultural testimonios significativos del pasado que fueron escritos para receptores de cierta época, lugar y circunstancias, todo ello con el fin de interpretarlos, divulgarlos y hacerlos inteligibles a los miembros de la sociedad de nuestros días. Por este afortunado proceso de actividad académica y literaria, Jean Meyer se constituye en puente eficaz, en médium que para nuestro conocimiento y deleite, permite la comunicación entre vivos y muertos.

Yo, el francés según nos advierte el mismo autor, se estructura en tres libros de acuerdo al siguiente plan: El Libro I, “Vidas breves”, que es el más extenso y biográfico, cuenta con cuatro subdivisiones anotadas 1ª “Unos viejos generales”; 2ª “Ellos: el justo medio de contraste”; 3ª “Lo mejor y lo peor: el yo del francés”, y 4ª “Historias”; un epílogo llamado “El mito de los archivos” y, paradójicamente al final, un “Prólogo”.

El Libro II, denominado “Comentarios, bifurcaciones, brocados, incisos”, está constituido por las notas del Libro I. Estas notas (todas ellas logradas con gran pertinencia y amenidad) tienen funciones diferentes en relación al texto aludido: contextualizan, refieren anécdotas o bien profundizan sobre el tema en cuestión, incluso con gráficas.

El Libro III, que lleva por nombre “Dicen que la historia es una ciencia”, conforma un estudio de sociología histórica, es decir, establece y compara los orígenes sociales y económicos de los oficiales franceses que vinieron a México durante la Intervención, incluidas variables como la escolaridad y la ocupación antes del ingreso al ejército, así como el prestigio propio o el de los padres.

Una de las características fundamentales de cualquier trabajo académico digno de tal nombre consiste en la clara delimitación y explicitación de los criterios metodológicos, variables, hipótesis y fuentes documentales utilizados. Meyer nos informa al iniciar el Libro II que su trabajo de investigación se orientó hacia el cuerpo de oficiales que vinieron a México durante la Intervención Francesa, porque eran precisamente ellos quienes por oficio —y por su mayor dominio del lenguaje— escribían para reportar, informar o preguntar. En otras palabras: eran los oficiales quienes constituían la clase militar generadora de documentos históricos, *históricos* en el sentido de que nos dan cuenta del pasado. De estos oficiales que sirvieron en México entre 1861 y 1867, Meyer logró

configurar un corpus de 784 fichas y localizar 610 expedientes completos a partir de la documentación contenida en los Archivos Militares Franceses y en otras fuentes de información citadas y analizadas debidamente por el autor.

En el contexto del discurso metodológico implícito en *Yo, el francés*, y haciendo eco de las corrientes historiográficas serias que experimentan con la narrativa como vehículo formal para la representación del pasado, Meyer sustenta la validez del empleo del relato en primera persona para la creación de la ilusión histórica (Dostoyevski se adelanta a su tiempo en esto, nos comenta el autor). La narración en tercera persona es igualmente aceptable —nos dice— cuando se parte de la realidad percibida en los testimonios históricos “subjetivos”. Con su narración densa de vocación etnográfica, nos da cuenta de conductas, significados y valoraciones sociales.

Al leer *Yo, el francés*, uno es sorprendido muy gratamente por el manejo casi cinematográfico de la temporalidad. No encontramos una aburrida crónica lineal en la que el tiempo se sucede de manera inexorable. Encontramos intercortes y retrospectivas que crean un agradable y hasta divertido efecto de dinamismo helicoidal en el discurso del tiempo literario.

Los testimonios históricos y biográficos de la oficialidad francesa (que no tendrían mucho valor cada uno por separado) son cotejados y concertados entre sí, son puestos en relación, en contigüidad para que interactúen, obteniendo así una percepción que resulta mayor que la suma de sus partes. A la vez, este manejo estructural de la información documental logra incrementar en nosotros la ilusión de estar contemplando el pasado, un pasado a escala social, y no puramente individual. Por mucho que sepamos y estemos conscientes de que los fenómenos del pasado ya no existen, y de que solamente los podemos contemplar a través de las huellas que han dejado, cada uno de los lectores de *Yo, el francés* quedará convencido —como me pasó a mí— de haber no solamente leído sobre la Intervención Francesa, sino de haberla vivido. Tal es la riqueza y vastedad de la información nueva aportada por Meyer.

En el epílogo “El mito de los archivos” y como cualquier historiador de buena cepa, Jean Meyer se pregunta y se responde por el lugar en el que se sitúa y desde el cual nos habla en *Yo, el francés*; de alguna manera repasa los mitos y las utopías de “La Historia” en general; y de manera particular, los límites de la lectura que ha construido (y

también de la que no pudo ni se puede construir) en torno a la Intervención Francesa en México y en torno a la posterior trayectoria militar de los oficiales intervencionistas.

Con verdadera humildad, Meyer no quiere acreditarse la autoría de *Yo, el francés*, pues, para él, el investigador simplemente presta su voz a los entrañables fantasmas del pasado, quienes son los verdaderos autores de su propia historia. Desde luego, el mérito de Jean Meyer es indiscutible, pues los fantasmas serían meros espectros mudos e ininteligibles sin las dotes y oficios del médium que les permitiese comunicarse con los vivos. Es decir, se ha requerido de esfuerzo y de vocación auténtica, de una aguda comprensión de las culturas francesa y mexicana de los siglos XIX, XX y XXI, de un conocimiento enciclopédico, de una sólida disciplina y de recia formación académicas, para que *Yo, el francés* pueda estar hoy en nuestras manos.

Desde mi particular punto de vista, *Yo, el francés* constituye un parteaguas en torno a la comprensión del fenómeno social, político y militar conocido como Intervención Francesa. Han sido llenados muchos huecos en el conocimiento de los procesos históricos que la originaron, impulsaron, justificaron y eliminaron. Ahora conocemos mucho más de cerca de los oficiales franceses que protagonizaron la invasión a México. Sabemos de sus afectos, de sus temores, de sus opiniones políticas, de su amor por la vida y de su gallardía ante la muerte. De alguna manera sentimos que muchos de ellos fueron conquistados por el país y por la gente que venían a someter. Ya no nos serán indiferentes. Sabemos sus nombres, y los nietos de muchos de ellos son mexicanos y viven entre nosotros.

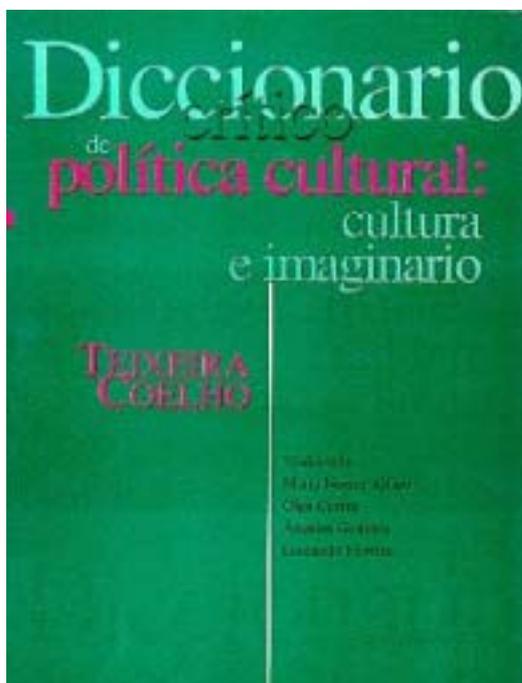
Yo, el francés exhibe sin falsos pudores las alianzas que los políticos mexicanos establecieron aprovechando la confrontación entre los intereses imperialistas de dos naciones decimonónicas: los de la Francia de Napoleón III y los de los Estados Unidos de Norteamérica, cuya Guerra Civil abrió la posibilidad de que aquélla intentara establecer un Imperio Latino en México. El sueño napoleónico acabó cuando, al finalizar sus luchas intestinas, los Estados Unidos estuvieron de nuevo en posibilidad de hacer valer por la fuerza el protectorado que unilateralmente habían establecido sobre la América Latina, de acuerdo al espíritu de la llamada *Doctrina Monroe*.

Como ya mencionamos, *Yo, el francés* no trata exclusivamente de la Intervención Francesa en México. Con la misma intensidad de afectos, Meyer se duele de la derrota francesa a manos de los prusianos en 1870 y nos muestra cuántos de los oficiales franceses llamados “mexicanos” por ser veteranos de la Intervención, lucharon, murieron o

sobrevivieron (con honor o deshonra) a la Guerra Franco-Prusiana, algunos de ellos hasta el exilio de Porfirio Díaz en Francia.

Muchísimas cosas más podría mencionar sobre el contenido y la excelencia de este libro, al que considero un clásico recién escrito. Solamente podría añadir una atenta invitación al público y amigos que nos acompañan, para que paladeen por sí mismos el gusto exquisito de esta obra tan acabadamente literaria como académica.

EL MOSTRADOR



UN VISTAZO AL BOSQUE
DE LA POLÍTICA CULTURAL
 POR
 JAIME MUÑOZ VARGAS

Mirado desde la multidisciplinariedad, cualquier fenómeno se torna inagotable y genera un bosque de conceptos. Eso pasa con lo que entendemos por *cultura*, noción definida y vuelta a definir de manera inagotable. De una buena parte de esa polifuncional capacidad de adaptación que tiene tal palabra da cuenta, creo solventemente, el *Diccionario crítico de política cultural: cultura e imaginario* preparado por un equipo de especialistas que encabezó el doctor Teixeira Coelho, coordinador del Observatorio y del área de enseñanza

e investigación en acción cultural de la Escuela de Comunicaciones y Artes de la Universidad de São Paulo, Brasil. Es una obra, como ya dijimos, donde por fuerza confluyen varias disciplinas dada la dificultad que supone definir los conceptos vinculados a lo que se ha dado en llamar, todavía de manera incierta aunque cada vez más firme, *política cultural*.

En su introducción, el doctor Coelho ubica con detalle lo que debe entender el lector por el concepto matriz encerrado en todo el diccionario. Si las definiciones existentes de *política cultural* son todavía vagas, vale la pena preguntarse, entonces, en dónde estamos parados, cuál es la terminología con la que se debe trabajar para obtener, de allí, un mejor entendimiento teórico:

Quando se habla de cultura, de política cultural, ¿de qué se está hablando exactamente? ¿El modo como los artistas entienden el arte es el mismo que el de programas de política cultural? ¿Y un término como público en política cultural tiene el mismo sentido que adquiere en los estudios de historia o en los cálculos probabilísticos de los productores cinematográficos? ¿El sistema de producción *cultural* qué parentescos guarda exactamente con el sistema de producción tal como la economía y la economía política lo consideran? Las discrepancias —e, incluso antes, las vacilaciones— proliferan. Aun más cuando el vocabulario de la política cultural recurre a términos al parecer poco comunes, aquellos usados cotidianamente y que son en apariencia transparentes para la lectura apresurada y distraída.

De donde se saca que la finalidad de este trabajo es buscar, en la medida de lo posible —que a veces puede ser mucho aunque se trate de la escurridiza definición terminológica en un campo relativamente inexplorado—, un punto de acuerdo respecto de las palabras que pueblan el campo semántico de lo cultural en tanto manifestación de un quehacer humano peculiar gobernado desde la administración pública o privada para lograr determinados efectos en, también, un determinado público. Establecer, fijar esa cartografía verbal será pertinente —urgente, más bien— para estandarizar el vocabulario de los acercamientos críticos que se desarrollen en torno a tal fenómeno, dado que

¿El círculo universitario exige, para reconocer la condición científica de una disciplina, una cierta convergencia de visiones: lo que estoy viendo es lo mismo que tú estas viendo, aunque no estemos de acuerdo en cuanto a su origen, constitución y finalidad? ¿Llamamos ese algo con el mismo nombre o estaremos

recurriendo a un único nombre para designar cosas diferentes? Es necesario (*sic*) algún ancla nocional. (...) Si un campo de estudios puede ser abarcado por un diccionario es porque ya se constituye en un dominio de derecho propio: ésa es la creencia que circula en los medios especializados.

El reto de articular un diccionario como éste, donde se trabaja como ya apreciamos con una materia todavía difusa y volátil, consiste en acopiar, primero, la bibliografía disponible, que no es poca. Luego es menester localizar aquellos conceptos que por su reiterado uso permitieran ser considerados parte de la masa lexicográfica al uso en el campo de, como dice Coelho, la “ciencia de la organización de las estructuras culturales”. La tarea ha sido complicada, dado que en la mayoría de los casos “los términos están allí”, asentados tangiblemente en decenas de documentos, pero “los conceptos no”, lo que ha tornado obligatoria y fatigosa la labor de reconstrucción semántica.

La estrategia seguida en la confección de este pingüe diccionario trazó amplias rutas pesquisatorias: se buscaron documentos visceralmente vinculados con el tema, desde libros a informes técnicos hasta leyes y tratados de carácter filosófico, todo con el fin de dar con las acepciones de lo cultural entendido como fenómeno operado (promovido u obstaculizado) desde la institucionalidad.

El doctor Coelho parte de la certeza marxista en la que se percibe al hecho cultural como apéndice indivorciable del sistema productivo (producción-distribución-intercambio-consumo):

... la cultura es hoy claramente un producto al que se llega mediante un conjunto de operaciones bien definidas por el sistema de producción económico general. Es lo que sucede con el cine y también con la literatura y la música o, en una escala menor pero no diversa, con las artes plásticas y el teatro. Una película y un libro pueden tener un valor propio y ser signos notables de un grupo; no por eso dejan de ser productos económicos oriundos de un sistema de producción materialmente bien definido.

El *Diccionario...* está organizado formalmente, luego de los bocetos introductorios, con un índice de entradas, las entradas y un índice de términos. La sección correspondiente a las definiciones no se queda en la pura acepción breve y sucinta; en la mayoría de los casos, por no decir que en todos, cada término es abordado de manera exhaustiva, casi ensayística. Además, los usuarios no especializados encontrarán, al

principio y al final de cada entrada, una lista de términos relacionados y las referencias hemero y bibliográficas que pueden servir para ampliar el sentido de lo allí esbozado, lo que hace de éste un libro imprescindible no sólo en el campo académico, sino también en el relacionado con aquellas instancias donde se administra y se difunde el trabajo cultural.

Libros de referencia como éste son, por útiles, bienvenidos y apreciables, de esos que en verdad sí sacan de apuros. Importa tenerlo.

Diccionario crítico de política cultural: cultura e imaginario, Teixeira Coelho, CONACULTA-ITESO-Secretaría de Cultura Gobierno de Jalisco, México, 2000, 502 pp. Traducción de María Noemí Alfaro, Olga Correa, Ángeles Godínez y Leonardo Herrera.

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

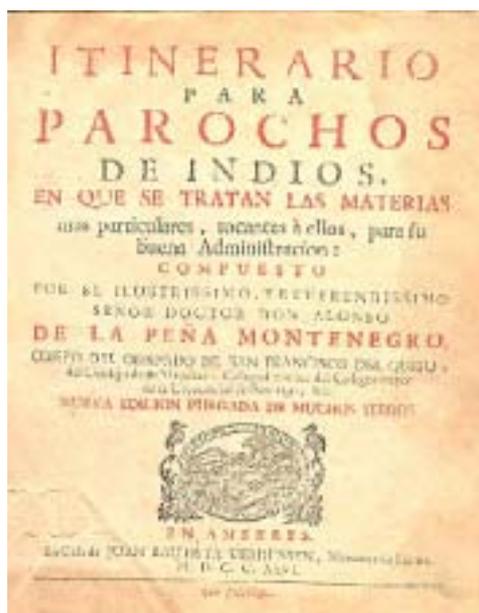
***Una disputa vitivinícola en Parras (1679)**. Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

***Censo y estadística de Parras (1825)**. Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

***Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

* **Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII**. Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

RESEÑAS DEL FONDO RESERVADO



UN MANUAL PARA PASTORES

La administración y el cuidado de los indios no se dejó al azar mientras prevaleció la Colonia. Durante la conquista y la colonización cruzaron el océano, como bien sabemos, manuales, guías, espejos y demás libros que buscaban orientar el trabajo de los doctrineros que eran responsables en el gobierno de las almas americanas. Así, los párrocos debían conocer y guardar una serie de reglas perfectamente establecidas en obras de corte normativo.

El Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza, sj*, de la UIA Torreón cuenta en su Fondo Reservado con un *Itinerario de parrochos de indios, en que se tratan las materias mas particulares, tocantes á ellos, para su buena*

Administración. En la misma portadilla agrega que ha sido “Compuesto por el ilustrissimo y reverendissimo señor doctor don Alonso de la Peña y Montenegro, Obispo del Obispado de San Francisco del Quito, del Consejo de su Magestad, colegial que fue del Colegio mayor de la Universidad de Santiago, &c. Nueva edición purgada de muchos yerros”. La edición fue impresa en Amberes en Casa de Juan Bautista Vertussen, Mercader de Libros, en el año 1726.

El *Itinerario...* mide 17 por 20 centímetros; lamentablemente no conserva sus tapas pero sí el lomo, y el estado de conservación de sus páginas (750) es bueno y legible aunque en algunas partes fue insultado por la polilla.